

parroquia de San Pablo, se puso aquí con un cañón, y luégo...

—Ya sabemos lo demás, buen hombre— dijo D. Roque. — Adelante, y más que de prisa.

—Pero mucho mejor fué lo que hizo Codé, labrador de la parroquia de la Magdalena, con el cañón de la calle de la Parra—continuó el mendigo, deteniéndose otra vez.— Pues al ir á disparar, los franceses se echan encima; huyen todos; pero Codé se mete debajo del cañón; pasan los franceses sin verlo, y después, ayudado de una vieja, que le dió una cuerda, arrastra la pieza hasta la boca-calle. Vengan ustés y les enseñaré.

—No, no queremos ver nada: adelante, adelante en nuestro camino.

Tanto le azuzamos, y con tanta obstinación cerramos nuestros oídos á sus historias, que al fin, aunque muy despacio, nos llevó por el Coso y el Mercado á la calle de la Hilarza, donde la persona á quien queríamos ver tenía su casa.

### III

Pero ¡ay! D. José de Montoria no estaba en ella, y nos fué preciso buscarle en los alrededores de la ciudad. Dos de mis compañeros, aburridos de tantas idas y venidas, se separaron de nosotros, aspirando á buscar con su propia iniciativa un acomodo militar ó civil. Nos quedamos solos D. Roque y un servidor,

y así emprendimos con más desembarazo el viaje á la torre de nuestro amigo (llaman en Zaragoza *torres* á las casas de campo) situada á Poniente, lindando con el camino de Muela y á poca distancia de la Bernardona. Un paseo tan largo á pié y en ayunas no era lo más á propósito para nuestros fatigados cuerpos; pero la necesidad nos obligaba á tan inoportuno ejercicio, y por bien servidos nos dimos encontrando al deseado zaragozano, y siendo objeto de su cordial hospitalidad.

Ocupábase Montoria cuando llegamos en talar los frondosos olivos de su finca, porque así lo exigía el plan de obras de defensa establecido por los jefes facultativos con motivo de la inminencia de un segundo sitio. Y no era sólo nuestro amigo el que por sus propias manos destruía sin piedad la hacienda heredada: todos los propietarios de los alrededores se ocupaban en la misma faena, y presidían los devastadores trabajos con tanta tranquilidad como si fuera un riego, un replanteo ó una vendimia. Montoria nos dijo:

—En el primer sitio talé la heredad que tengo al lado allá de Huerva; pero este segundo asedio que se nos prepara dicen que será más terrible que aquél, á juzgar por el gran aparato de tropas que traen los franceses.

Contámosle la capitulación de Madrid, lo cual pareció causarle mucha pesadumbre, y como elogiáramos con exclamaciones hiperbólicas las ocurrencias de Zaragoza desde el 15 de Junio al 14 de Agosto, encogióse de hombros, y contestó:

—Se ha hecho todo lo que se ha podido.

Acto continuo D. Roque pasó á hacer elogios de mi personalidad, militar y civilmente considerada, y de tal modo se le fué la mano en este capítulo, que me hizo sonrojar, mayormente considerando que algunas de sus afirmaciones eran estupendas mentiras. Díjole primero que yo pertenecía á una de las más alcorniadas familias de *la baja Andalucía en tierra de Doñana*, y que habia asistido al glorioso combate de Trafalgar en clase de guardia marina. Le dijo también que la Junta me habia concedido un destino en el Perú y que durante el sitio de Madrid habia hecho prodigios de valor en la puerta de los Pozos, siendo tanto mi ardor, que los franceses, después de la rendición, creyeron conveniente deshacerse de tan terrible enemigo, enviándome con otros patriotas á Francia. Añadió que mis ingeniosas invenciones habian proporcionado la fuga á los cuatro compañeros refugiados en Zaragoza, y puso fin á su panegírico asegurando que por mis cualidades personales era yo acreedor á las mayores distinciones.

Montoria en tanto me examinaba de piés á cabeza, y si llamaba su atención mi mal traer y las infinitas roturas de mi vestido, también debió advertir que éste era de los que usan las personas de calidad, revelando su finura, buen corte y aristocrático origen en medio de la multiplicidad abrumadora de sus desperfectos. Luégo que me examinó, me dijo:

—¡Porra! No le podré afiliar á usted en la tercera escuadra de la compañía de escopeteros de D. Santiago Sas, de cuya compañía soy capitán; pero entrará en el cuerpo en que está mi hijo; y si no quiere usted, largo de Zaragoza, que aquí no se quiere gente aragonesa. Y á usted, D. Roque, amigo mío, puesto que no está para coger el fusil ¡porra! le haremos practicante de los hospitales del ejército.

Luégo que esto oyó D. Roque expuso por medio de circunlocuciones retóricas y de graciosas elipsis la gran necesidad en que nos encontrábamos y lo bien que recibiríamos sendas magras y un par de panes cada uno. Entonces vimos que frunció el ceño el gran Montoria, mirándonos de un modo severo, lo cual nos hizo temblar, y pareciónos que íbamos á ser despedidos por la osadía de pedir de comer. Balbucimos tímidas excusas y entonces nuestro protector con rostro encendido, nos habló así:

—¿Con que tienen hambre? ¡Porra, váyanse al demonio con cien mil pares de porras! ¿Y por qué no lo habian dicho? ¿Con que yo soy hombre capaz de consentir que los amigos tengan hambre, porra? Sepan que no me faltan diez docenas de jamones colgados en el techo de la despensa, ni veinte cubas de lo de Rioja, sí, señor; y tener hambre y no decírmelo en mi cara sin retruécanos, es ofender á un hombre como yo. Ea, muchachos, entrad adentro y mandar que frian obra de cuatro libras de lomo, y que estrellen dos do-

cenas de huevos, y que maten seis gallinas, y saquen de la cueva siete jarros de vino, que yo también quiero almorzar. Vengan todos los vecinos, los trabajadores y mis hijos si están por ahí. Y ustedes, señores, prepárense á hacer penitencia conmigo. ¡Nada de melindres, porra! Comerán de lo que hay sin dengues ni boberías. Aquí no se usan cumplidos. Usted, Sr. D. Roque, y usted, Sr. de Araceli, están en su casa hoy y mañana y siempre, ¡porra! José de Montoria es muy amigo de los amigos. Todo lo que tiene es de los amigos.

La brusca generosidad de aquel insigne varón nos tenía anonadados. Como recibiera muy mal los cumplimientos, resolvimos dejar á un lado el formulario artificioso de la corte, y viérais allí cómo la llaneza más primitiva reinó durante el almuerzo.

—¿Qué, no come usted más?—me dijo don José.—Me parece que es usted un boquirrubio que se anda con enjuagues y finuras. A mí no me gusta eso, caballero; me parece que me voy á enfadar y tendré que pegar palos para hacerles comer. Ea, despache usted este vaso de vino. ¿Acaso es mejor el de la corte? Ni á cien leguas. Con que, porra, beba usted, porra, ó nos veremos las caras.

Esto fué causa de que comiera y bebiera mucho más de lo que cabía en mi cuerpo; pero había necesidad de corresponder á la generosa franqueza de Montoria, y no era cosa de que por una indigestión más ó menos se perdiera tan buena amistad.

Después del almuerzo siguieron los trabajos de tala, y el rico labrador los dirigía como si fuera una fiesta.

—Veremos—decía,—si esta vez se atreven á atacar el castillo. ¿No ha visto usted las obras que hemos hecho? Menudo trabajo van á tener. Yo he dado doscientas sacas de lana, una friolera, y daré hasta el último men-drugo.

Cuando nos retiráramos á la ciudad, llevónos Montoria á examinar las obras defensivas que á la sazón se estaban construyendo en aquella parte occidental. Había en la puerta del Portillo una gran batería semicircular que enlazaba las tapias del convento de los Fecetas con las del de Agustinos descalzos. Desde este edificio al de Trinitarios corría otra muralla recta, aspillerada en toda su extensión y con un buen reducto en el centro, todo resguardado por profundo foso que se abría hacia el famoso campo de las Eras ó del Sepulcro, teatro de la heroica jornada del 15 de Junio. Más al Norte y hacia la puerta de Sancho, que da paso al pretil del Ebro, seguían las fortificaciones, terminando en otro baluarte. Todas estas obras, como hechas á prisa, aunque con inteligencia, no se distinguían por su solidez. Cualquier general enemigo, ignorante de los acontecimientos del primer sitio y de la inmensa estatura moral de los zaragozanos al ponerse detrás de aquellos montones de tierra, se habría reído de fortificaciones tan despreciables para un buen material de sitio; pero Dios ha dis-

puesto que alguien escape de vez en cuando á las leyes físicas establecidas por la guerra. Zaragoza, comparada con Amberes, Dantzic, Metz, Sebastopol, Cartagena, Gibraltar y otras célebres plazas fuertes tomadas ó no, era entonces una fortaleza de cartón. Y sin embargo...

#### IV

En su casa, Montoria se enfadó otra vez con D. Roque y conmigo, porque no quisimos admitir el dinero que nos ofrecía para nuestros primeros gastos en la ciudad; y aquí se repitieron los puñetazos en la mesa y la lluvia de *porras* y otras palabras que no cito; pero al fin llegamos á una transacción honrosa para ambas partes. Y ahora caigo en que me ocupo demasiado de hombre tan singular sin haber anticipado algunas observaciones acerca de su persona. Era D. José un hombre de sesenta años, fuerte, colorado, rebosando salud, bienestar, contento de sí mismo, conformidad con la suerte y conciencia tranquila. Lo que le sobraba en patriarcales virtudes y en costumbres ejemplares y pacíficas (si es que esto puede estar de sobra en algún caso), le faltaba en educación, es decir, en aquella educación atildada y distinguida que entonces empezaban á recibir algunos hijos de familias ricas. D. José no conocía los artificios de la etiqueta, y por carácter y por costumbres era refractario á la mentira discreta

y á los amables embustes que constituyen la base fundamental de la cortesía. Como él llevaba siempre el corazón en la mano, quería que asimismo lo llevaran los demás, y su bondad salvaje no toleraba las coqueterías frecuentemente falaces de la conversación fina. En los momentos de enojo era impetuoso y dejábase arrastrar á muy violentos extremos, de que por lo general se arrepentía más tarde.

En él no había disimulo, y tenía las grandes virtudes cristianas en crudo y sin pulimento, como un macizo canto del más hermoso mármol, donde el cincel no ha trazado una raya siquiera. Era preciso saberlo entender, cediendo á sus excentricidades, si bien en rigor no debe llamarse excéntrico el que tanto se parecía á la generalidad de sus paisanos. No ocultar jamás lo que sentía era su norte, y si bien esto le ocasionaba algunas molestias en el curso de la vida ordinaria y en asuntos de poca monta, era un tesoro inapreciable siempre que se tratase con él un negocio grave, porque puesta á la vista toda su alma, no había que temer malicia alguna. Perdonaba las ofensas, agradecía los beneficios y daba gran parte de sus cuantiosos bienes á los menesterosos.

Vestía con aseo; comía abundantemente, ayunando con todo escrúpulo la Cuaresma entera, y amaba á la Virgen del Pilar con fanático amor de familia. Su lenguaje no era, según se ha visto, un modelo de comedimiento, y él mismo confesaba como el mayor de sus defectos lo de soltar á todas horas

*porra* y más *porra*, sin que viniese al caso; pero más de una vez le oí decir que, conocedor de la falta, no la podía remediar, porque aquello de las *porras* le salía de la boca sin que él mismo se diera cuenta de ello.

Tenía mujer y tres hijos. Era aquella doña Leocadia Sarriera, navarra de origen. De los vástagos, el mayor y la hembra estaban casados y habían dado á los viejos algunos nietos. El más pequeño de los hijos llamábase Agustín y era destinado á la Iglesia, como su tío del mismo nombre, arcedianos de la Seo. A todos les conocí en el mismo día, y eran la mejor gente del mundo. Fui tratado con tanto miramiento, que me tenía absorto su generosidad, y si me conocieran desde el nacer no habrían sido más rumbosos. Sus obsequios, espontáneamente sugeridos por corazones generosos, me llegaban al alma, y como yo siempre he sido fácil en dejarme querer, les correspondí desde el principio con muy sincero afecto.

—Sr. D. Roque—dije aquella noche á mi compañero cuando nos acostábamos en el cuarto que nos destinaron,—yo jamás he visto gente como ésta. ¿Son así todos los aragoneses?

—Hay de todo—me respondió;—pero hombres de la madera de D. José de Montoria, y familias como esta familia abundan mucho en esta tierra de Aragón.

Al siguiente día nos ocupamos de mi alistamiento. La decisión de aquella gente me entusiasmaba de tal modo, que nada me pa-

recia tan honroso como seguir tras ella, aunque fuera á distancia, husmeando su rastro de gloria. Ninguno de ustedes ignora que en aquellos días Zaragoza y los zaragozanos habían adquirido un renombre fabuloso; que sus hazañas enardecían las imaginaciones, y que todo lo referente al sitio famoso de la inmortal ciudad, tomaba en boca de los narradores las proporciones y el colorido de una leyenda de los tiempos heroicos. Con la distancia, las acciones de los zaragozanos adquirían dimensiones mayores aún, y en Inglaterra y en Alemania, donde les consideraban como los numantinos de los tiempos modernos, aquellos paisanos medios desnudos, con alpargatas en los piés y un pañuelo enrollado en la cabeza, eran figuras de coturno. *Capitulad y os vestiremos*—decían los franceses en el primer sitio, admirados de la constancia de unos pobres aldeanos vestidos de harapos.—*No sabemos rendirnos*—contestaban,—*y nuestras carnes sólo se cubren de gloria.*

Estas y otras frases habían dado la vuelta al mundo.

Pero volvamos á lo de mi alistamiento. Era un obstáculo para éste el manifiesto de Palafox de 13 de Diciembre, en que ordenaba la expulsión de forasteros, mandándoles salir en el término de veinticuatro horas, acuerdo tomado en razón de la mucha gente que iba á alborotar sembrando discordias y desavenencias; pero precisamente en los días de mi llegada se publicó otra proclama llamando á los soldados dispersos del ejército del Centro

desbaratado en Tudela, y en esto hallé una buena coyuntura para afiliarme, pues aunque no pertenezco á dicho ejército, había concurrido á la defensa de Madrid y á la batalla de Bailén, razones que, con el apoyo de mi protector Montoria, me valieron el ingreso en las huestes zaragozanas. Diéronme un puesto en el batallón de voluntarios de las Peñas de San Pedro, bastante mermado en el primer sitio, y recibí un uniforme y un fusil. No formé, como había dicho mi protector, en las filas de mosen Santiago Sas, fogoso clérigo, puesto al frente de un batallón de escopeteros, porque esta valiente partida se componía exclusivamente de vecinos de la parroquia de San Pablo. Tampoco querían gente moza en su batallón, por cuya causa ni el mismo hijo de D. José de Montoria, Augusto Montoria, pudo servir á las órdenes de Sas, y se afilió como yo en el batallón de las Peñas de San Pedro. La suerte me deparaba un buen compañero y un excelente amigo.

Desde el día de mi llegada oí hablar de la aproximación del ejército francés; pero esto no fué un hecho incontrovertible hasta el 20. Por la tarde una división llegó á Zuera, en la orilla izquierda, para amenazar el arrabal; otra mandada por Suchet acampó en la derecha sobre San Lamberto. Moncéy, que era el general en jefe, situóse con tres divisiones hacia el Canal y en las inmediaciones de la Huerva. Cuarenta mil hombres nos cercaban.

Sabido es que impacientes por vencernos, los franceses comenzaron sus operaciones el

21 desde muy temprano, embistiendo con gran furor y simultáneamente el monte Torrero y el arrabal de la izquierda del Ebro, puntos sin cuya posesión era excusado pensar en someter la valerosa ciudad; pero si bien tuvimos que abandonar á Torrero, por ser peligrosa su defensa en el arrabal desplegó Zaragoza tanto y tan temerario arrojo, que es aquel día uno de los más brillantes de su brillantísima historia.

Desde las cuatro de la madrugada, el batallón de las Peñas de San Pedro fué destinado á guarnecer el frente de fortificaciones desde Santa Engracia hasta el convento de Trinitarios; línea que me pareció la menos endeble en todo el circuito de la ciudad. A espaldas de Santa Engracia estaba la batería de los Mártires: corría luégo la tapia aspillerada hasta el puente de la Huerva, defendido por un reducto: desviábase luégo hacia Poniente formando un ángulo obtuso, y enlazándose con otro reducto levantado en la torre del Pino, seguía casi en línea recta hasta el convento de Trinitarios, dejando dentro la puerta del Carmen. El que haya visto á Zaragoza, comprenderá perfectamente mi ligera descripción, pues todavía existen las ruinas de Santa Engracia, y la puerta del Carmen ostenta aún no lejos de la Glorieta su despedazado umbral y sus sillares carcomidos.

Estábamos, como he dicho, guarneciendo la extensión descrita, y parte de los soldados teníamos nuestro vivac en una huerta inme-

diata al colegio del Carmen. Agustín Montoria y yo no nos separábamos, porque su apacible carácter, el afecto que me mostró desde que nos conocimos, y cierta conformidad, cierta armonía inexplicable en nuestras ideas, me hacían muy agradable su compañía. Era él un joven de hermosísima figura, con ojos grandes y vivos, despejada frente y cierta gravedad melancólica en su fisonomía. Su corazón, como el del padre, estaba lleno de aquella generosidad que se desbordaba al menor impulso; pero tenía sobre él la ventaja de no lastimar al favorecido, porque la educación le había quitado gran parte de la rudeza nacional. Agustín entraba en la edad viril con la firmeza y la seguridad de un corazón lleno, de un entendimiento rico y no gastado, de un alma vigorosa y sana, á la cual no faltaba sino ancho mundo, ancho espacio para producir bondades sin cuento. Estas cualidades eran realzadas por una imaginación brillante, pero de vuelo seguro y derecho, no parecida á la de nuestros modernos geniecillos, que las más de las veces ignoran por dónde van, sino serena y majestuosa, como educada en la gran escuela de los latinos.

Aunque con gran inclinación á la poesía (pues Agustín era poeta), había aprendido la ciencia teológica, descollando en ella como en todo. Los padres del Seminario, que eran hombres bastante sabios y muy cariñosos con la juventud, le tenían por un prodigio en las letras humanas y en las divinas, y se congratulaban de verle con un pié dentro de la Igle-

sia docente. La familia de Montoria no cabía en sí de gozo, y esperaba el día de la primera misa como el santo advenimiento.

Sin embargo (me veo obligado á decirlo desde el principio), Agustín no tenía vocación para la Iglesia. Su familia, lo mismo que los buenos padres del Seminario, no lo comprendían así ni lo comprendieran aunque bajara á decirselo el Espíritu Santo en persona. El precoz teólogo, el humanista, que tenía á Horacio en las puntas de los dedos; el dialéctico, que en los ejercicios semanales dejaba atónitos á los padres con la intelectual gimnasia de la ciencia escolástica, no tenía más vocación para el sacerdocio que la que tuvo Mozart para la guerra, Rafael para las matemáticas ó Napoleón para el baile.

## V

—Gabriel — me decía aquella mañana,— ¿tienes ganas de batirte?

—Agustín, ¿tienes tú ganas de batirte?—le respondí. (Como se ve, nos tuteábamos á los tres días de conocernos.)

—No muchas—dijo.—Figúrate que la primera bala nos matará...

—Moriríamos por la patria, por Zaragoza, y aunque la posteridad no se acordara de nosotros, siempre es un honor caer en el campo de batalla por una causa como ésta.

—Dices bien—repuso con tristeza,—pero es una lástima morir: somos jóvenes. ¿Quién